

PAISAJES DOMÉSTICOS: construcciones identitarias, certezas frágiles y equilibrios inestables.

Margarita Aizpuru

Comisaria de exposiciones y crítica de arte

Amalia Ortega (Sevilla, 1966), es doctora en Bellas Artes por la Universidad de Sevilla, y profesora titular en la Facultad de Bellas Artes de Sevilla. Desde los inicios de los años noventa ha desarrollado una trayectoria artística que ha continuado hasta ahora y cuyos resultados han podido verse en las diversas exposiciones en las que ha participado, si bien el ámbito de exhibición siempre ha sido el local, la ciudad de Sevilla, creo que más por razones de compatibilidad con sus otros quehaceres e intereses, que son muy importantes en su vida, como son su trabajo en la universidad y su familia. No obstante, y tras la crianza de sus hijos, ha vuelto a retomar con fuerza y energía su trayectoria artística, recomenzando a pisar fuerte y segura de sí misma en el contexto creativo. Y es que A. Ortega, siempre mantuvo, aunque antes de forma más relentizada por las razones expuestas, un interés y una dedicación multidireccional al arte contemporáneo actual, como demuestran, además de sus propias obras y exposiciones, sus incursiones en el ámbito comisarial de muestras y actividades artísticas diversas que ha desarrollado paralelamente a su labor docente e investigadora, que ha dado como fruto una diversidad de publicaciones en torno al arte contemporáneo en sus últimas tendencias en interrelación con la educación.

Esta artista se sitúa clara y contundentemente en el territorio de la pintura, aunque haya hecho sus incursiones por otras áreas artísticas con anterioridad. En una época de multidisciplinaredades y mestizajes disciplinarios, ella se mantiene fiel a esta área creativa, donde se desenvuelve como pez en el agua y donde encuentra su medio propio de expresión. Por tanto, hoy mismo A. Ortega podría ser definida como pintora, en una acepción amplia de la palabra, a pesar de que hoy dicha definición tiene, según algunos, unas connotaciones ligadas a la tradición y al pasado y de que, a veces, se prefiera denominar a los pintores como creadores de imágenes. Ella hace uso de una figuración cercana al realismo pero situándose también en la herencia surrealista.

En un momento dado llegó a parecer que el figurativismo pictórico no tenía mucho sentido, sobre todo después de lo acontecido con las desestructuraciones de la representación que desde las vanguardias históricas se han ido produciendo. Pero han existido y existen hoy muy variados tipos de pintura que utilizan ciertos procedimientos realistas y figurativistas para servirse de ellos y desarrollar unos discursos, tanto plásticos como conceptuales, muy contemporáneos, aunque los elementos pictóricos que utilicen estén tomados de la tradición. Tradición pictórica que, además, históricamente ha sido casi unánimemente masculina, hasta la edad contemporánea en la que poco a poco la situación ha ido cambiando. Y ello debido tanto a las prohibiciones y los handicaps sufridos por las mujeres a lo largo de la Historia, en torno a la recepción de la educación artística, como al obligatorio anonimato a la que muchas fueron sometidas, cuando no a la usurpación de la autoría por parte de maridos, amantes, y allegados más cercanos.

En A. Ortega, la pintura y el dibujo tiene esa primera apariencia de figuración ya establecida, que sin embargo se rompe inmediatamente a través de la introducción de formas y representaciones configuradas desde un enfoque muy personal, reutilizando elementos pictóricos retomados de una cierta tradición pictórica, revisitándolos desde nuevas y subjetivas ópticas, situándose desde un posicionamiento de género femenino y desde unas determinadas tendencias feministas. Utilizando en sus obras elementos que tradicionalmente han pertenecido al ámbito doméstico y familiar de las mujeres para trastocarlos al añadirles códigos y señales de ambivalentes lecturas.

Y es que en el contexto del arte contemporáneo actual, se han producido muchos e importantes debates en torno a cuestiones tan fundamentales como si existía un arte realizado por mujeres con características comunes, si existía “una estética con identidad genérica”, y ello acompañado de investigaciones sobre los géneros masculino-femenino, sus críticas y deconstrucciones, los transgéneros y sus interrelaciones con las distintas opciones y comportamientos sexuales “diferentes”. Y ello ha sido trascendental y ha producido grandes cambios de óptica y apreciación tanto en el campo teórico como práctico del arte.

Dichos debates e indagaciones han dado como resultado una amplia gama de producciones artísticas, en su inmensa mayoría de mujeres, muchas de las cuales están relacionadas con los distintos discursos que los feminismos han venido produciendo. Ya desde los años setenta se iniciaron una serie de corriente feministas que empezaron a afirmar la existencia de una “identidad genérica”, de una “identidad femenina otra” que ponía en evidencia al discurso masculino predominante que se escondía bajo una apariencia de neutralidad y universalidad. Enfoques en las que tuvieron un gran protagonismo lingüistas y psicoanalistas francesas como *Luce Irigaray*, *Julia Kristeva*, o *Hélène Cixous* y que han influido en numerosas artistas y en sus creaciones. A pesar de que, como sabemos, estas ópticas fueron contestadas desde otras posiciones feministas, fundamentalmente desde el ámbito anglosajón, para luego extenderse por todo el mundo de los feminismos, al considerar que la afirmación de que habitar en un cuerpo de mujer es causa de la inclusión una identidad específica femenina, es un determinismo biologicista, y que difícilmente se podía hablar de una identidad femenina como única, y menos en una sociedad falocéntrica y discriminatoria. A partir de ahí, muchas mujeres, dentro del contexto artístico, han reflexionado sobre el arte desde la perspectiva de sus propios cuerpos y deseos, desde la experiencia personal y sus vidas cotidianas, o desde la socialización de las mujeres y los comportamientos dentro del contexto sociocultural en el que el arte se produce, lo que ha dado lugar a una gran diversidad de campos de trabajo y a interesantísimos planteamientos diversos y a una gran variabilidad de enfoques dentro de la conjunción de los feminismos y el arte.

Y dentro de algunas de estas ópticas es donde creo que podemos situar, pero de forma muy singular y subjetiva, la posición y el lenguaje artístico de A. Ortega. Más dentro de las mencionadas corrientes y tendencias que se sitúan en el desarrollo experiencial de una identidad genérica femenina y los aportes que tal vivencia suponen para la creatividad y el arte, y en torno a la construcción de un discurso propio elaborado desde la identidad de género.

Ortega, situada en esas posiciones, desarrolla aquí, en la exposición individual que presenta para la Galería GP13 de Sevilla, una serie de pinturas al óleo en las que ofrece unos determinados “paisajes domésticos”, como unos de los lugares fundamentales

donde sociohistórica y culturalmente ha venido construyéndose la feminidad. Unos escenarios personales cotidianos, contruidos desde un mundo vivencial y experiencial propio, imbricando la vida cotidiana con el trabajo creativo, haciendo incursiones en los espacios y los objetos íntimos, en los deseos y los miedos personales y en todo el entramado de relaciones psicoafectivas entre la madre y el hijo-hija. Confiriendo a los niños un lugar protagónico en estas obras, en las que las personas adultas están ausentes, estando presente la mujer-madre de forma indirecta, a través de los objetos y elementos incluidos en la escena y de la mirada que la construye, como puede observarse en la mayoría de las obras de la exposición. La niñez es expuesta ahora bajo el enfoque de una fase de la vida cuyas identidades genéricas y personalidades están en fase de construcción, y una época en la que se proyectan tanto las expectativas y deseos, como las dudas y miedos adultos.

Así mismo, la artista hace uso de la intuición, que utiliza como una forma de conocimiento y de sabiduría humana, para aportar particulares visiones a sus obras, desde una apariencia de normalidad y simplicidad en un primer y somero vistazo, para, inmediatamente después, ahondar en una mayor complejidad que trastoca lo usual y lo habitual, introduciendo elementos perturbadores en la escena. Ella confiere a sus imágenes un cierto ambiente de irrealidad, a pesar de existir elementos absolutamente reconocibles, cotidianos y domésticos. Las ubica en los límites entre lo real y lo imaginado, entre la razón y el instinto, entre lo ocurrido y lo soñado. En esto recoge, de una manera muy subjetiva y actualizada, una cierta herencia del surrealismo, un poco en la línea de la sutilidad poética de la pintora surrealista española Remedios Varo. Aunque ambas ejecutan un trabajo muy diferente, si tienen elementos en común en cuanto a esa procedencia y tono poético y a su alejamiento expreso de los planteamientos androcentristas y falocéntricos de la inmensa mayoría de los artistas surrealistas, que representaban el cuerpo de la mujer como objeto de deseo y pulsiones eróticas masculinas. Por el contrario ellas se sitúan desde mundos e identidades genéricas femeninas.

Ese tono poético surreal es conseguido a través del factor sorpresa que provocan sus imágenes, que se encuentran fuera de la lógica, situadas en el encuentro y confrontación iconográficos de distinta procedencia, a las que añade, a veces, un cierto tono burlón y ciertas dosis de ironía ácida. Utiliza, además, una serie de juegos de sentido y significado que se mueven en las contraposiciones de los conceptos aplicados a las obras de orden y caos, razón e intuición, equilibrio e inestabilidad, o tranquilidad y miedo. Y eso es algo que podemos ver en estas obras, de forma más acentuada en unas que en otras, intención que refuerza en los propios títulos utilizados. Ejemplo de ello son las piezas denominadas *Lo que estaba claro se vuelve confuso I y II*, *Atando cabos* o *Equilibrio emocional*.

A. Ortega nos muestra historias de una inquietante extrañeza, creando unos ambientes aparentemente desordenados pero con una estructura y orden interno, haciendo uso de un lenguaje algo ambiguo, plagado de metáforas e ironías, en donde ubica a sus personajes y objetos. Y todo ello lo desarrolla con una gran precisión y limpieza en la construcción de imágenes, y en la creación de unos personajes que van desde la realidad a la ficción con tal naturalidad que ambas aparecen fundidas en una única realidad que ella nos crea y presenta. La realidad que construyen la imaginación, los sueños, los anhelos y el deseo, pero también las pesadillas, las obsesiones, las dudas, los miedos, la curiosidad de desentrañar los enigmas, el misterio.